

ALCANTARA

EL EMBRUJO DE

UNA RAZA

PARA el peninsular, que por imperativos de la vida, hubo un día de abandonar las costas de su península, nada más emocionante que ver arribar la proa de su barco marino hacia una costa erguida en medio de un mar áspero, eternamente furioso, que festonea sus negras rocas basálticas con el encaje sutil de sus espumas blancas y que acompaña el sueño de sus playas dormidas con el arrullo de las caracolas en la resaca de sus olas inquietas.

Cuando los ojos atónitos del viajero contemplan la pétrea muralla de basaltos y traquitas de Hanaya y Teno, decanos de la estructura tinerfeña o las tobas amarillentas del sur isleño, salpicadas de chumberas y tabaibas, como breves oasis verdes en la blancuzca soledad de la vastedad caliza, duda un momento creer encontrarse en el paraíso terrestre que hizo a Humboldt caer de rodillas para alabar a su Creador; pero cuando abandonada la costa con sus arenas morenas, se adentra en la isla tinerfeña, su asombro no tiene límites.

Desde la altura, bajo la suave dulzura de su cielo, podrá contemplar los tumultuosos desgarramientos de sus montañas coronadas de pinos como el monte de la Esperanza o con una vegetación tropical y exótica como en el otro monte frontero de las Mercedes.

Verá la masa ingente de la esmeralda oscura de la platanera trepar como una andariega incansable por los banales tapizados de madre-selvas y ñameras hacia las faldas del viejo Echeide o infierno para los guanches, donde creían que moraba el Dios del mal, Guayota. Allí está el Teide de los españoles, coronado de nieve eterna, sacudiendo su penacho de humo sobre el mar plata y azul de la Orotava, perfumado por la mínima flor de la retama, blanca como el armiño.

Y en lado opuesto de la Isla, las arenas doradas del sur, con el brillo no apagado de las epopeyas y leyendas románticas impregnadas en el olor de los tamarindos y malvaviscos, donde parece aún palpase la presencia de Achiurán, el Ser Supremo de los vintcheni, a quien adoraban ya bajo el sol rutilante del mediodía, ya bajo la sombra opalina de la luna. En sus arenas duerme el recuerdo de los gráciles cuerpos de las mujeres guanches con sus ojos grandes y vivos, sus cabellos dorados como el sol naciente y su tez rubia y blanca, como el alabastro de sus cuerpos, tímidas como corzas fugitivas, pero sublimemente encantadoras en su belleza salvaje. Envueltas en sus pieles de cabras o en

sus túnicas de fibras vegetales, con el cuerpo pintado de varios colores, llevaban sus ganigos u odres a la cabeza con la misma gracia y elegancia que una reina ostenta su corona.

Aún parece palpase en la alfombra rojo-sanguinea de los campos de geranios la presencia de los nobilísimos Chinguaro, Mencey de Guimar, Tahoro, señor de la Orotava, y de los heroicos defensores de la independencia tinerfeña, Tinguna y Bencomo. Hay algo que se presiente en medio de los platanares rezumantes de frescura y exuberantes de dorados frutos; hay algo que impresiona en medio de los fantásticos paisajes del barranco del Infierno, los pinares de Chasua, la punta de Acentejo, la costa acantilada de Guarachico, las cuevas funerarias de Herque, con sus miles de momias, embalsamadas con un arte y pulcritud sólo superados por los egipcios, la cumbre del Chabora, donde el viento aún canta con la dulzura de los guanches la epopeya de una raza soñadora, valiente y leal en medio del espumante mar añil.

El pueblo aborigen de Tenerife no sobrevivió a la conquista; el suelo de la isla se vió regado por la sangre heroica de sus naturales, que fueron poco a poco diezmados sin conmiseración alguna. Primero Diego García de Herrera, después Fernández de Lugo, cayeron como un alud sobre aquel pueblo de casas redondas y blancas, de piedras talladas, que vivían en la paz de los mayores, administrada bajo la fronda espesa y crasa de los dragos y que les bastaba el golpe de hierro de las lanzas para provocar la chispa de sus corazones aguerridos.

Así murieron en medio de dolorosos gritos de guerra cuando tras la victoria de Bencomo sobre las huestes de Fernández de Lugo, éste se rebizo para derrotar a aquél al año siguiente en la memorable victoria de Acentejo.

La leyenda nos cuenta que las mujeres guanches, como ciervas heridas, se recogieron en sus cuevas y después de tapiarlas, se sepultaron vivas. Llenando los antros de sus quejidos de leonas laceradas, pero con la valentía de los sucesores del rey Juba. Así desapareció la flor más bella de una raza que tuvo la suerte de hollar el terciopelo de los campos de la bella Nivaria, el jardín de las Hespérides de Hannón y las Islas Afortunadas de Sertorio.

Pero no todo desapareció de aquella estirpe gloriosa. El canario reproduce al antiguo indígena; no tendrá sus creencias politeistas, ni conservará su idioma, salvo en algunos vocablos, pero conserva su fisonomía, sus hábitos, sus maneras. El alma guanche quedó impresa como un sello por doquier; en el susurro de la brisa que del ronco mar sube costa arriba para desperzarse en la luz de la aurora y cuchichear entre las tobas, arcillas y puzolanas de sus laderas; en las carretas que asemejan barcos de vela blanca apuntada hacia el cielo turquesa, cargadas de romeros, como cestas de flores, cubiertas por gajos de palmas y ramas de brezos olorosos y frescos, abriendo senderos de oro en el camino polvoriento; en el tiro de piedra y el silbido penetrante y en el desconcertante aplomo con que el pastor salta los precipicios de sus hondos barrancos para alcanzar sus cabras a la carrera; en sus bailes cadenciosos y solemnes que los viejos trenzan al compás de la flauta y del tambor con la misma solemnidad que si celebraran un rito; o en la

sonrisa jaranera de la isla que trae a la mente recuerdos de retozos de cabritos sobre la flor menudita de los prados o también en el beso tierno del arrorró, la más delicada canción de cuna, con que una madre puede dormir a su pequeño retoño.

El alma guanche perdura en las veredas de los caminos tortuosos y difíciles como senderos de castillos encantados, con el cansado caminar de los dromedarios con sus labios belfos inquietos por el rumiar y sus ojos negros de mirada serena; en la nostálgica paz de sus campos bajo la sombra de las palmeras que como gigantes parasoles agitan junto a los acantilados del mar, el penacho siempre verde de sus hojas; en sus casitas policromadas, viejas, derrengadas, con el balcón de tea siempre abierto hacia la lejanía del occidente por donde llegará el mozo con sus amores, portador de las riquezas de sus labores en las tierras de allende los mares.

En sus pueblos colgados sobre el anchuroso mar como nidos de golondrinas, arrullados siempre por el murmurio de las olas como una constante cantinela o descuidadamente recostados sobre las faldas de sus montañas o en las profundidades de sus valles como silfides, amazonas y hadas que retozaran ya entre los pinares seculares, ya entre los viñedos de pámpanos preñados de frutos, ya entre la exótica fronda de la platanera.

En sus valles como el circo mágico, único en el mundo, de la Orotava, flanqueado por los dorsos de las lomas gigantescas que bajan con una solemnidad nunca vista a bañarse en la blanca espuma marina. Valle de la Orotava, como otro Gavarnie, pero menos helado, menos nevado, pero envuelto en su luz violácea como un tul de plañidera, más ampliamente soñador, con sus aldeas perdidas como puntos blancos a la sombra colosal de las escarpadas.

Alma guanche en el embrujo de las calles laguneras donde el sol de cinco siglos ha dorado de color de miel las piedras de los viejos palacios de los conquistadores y Adelantados. Alma guanche en el rebotallo del ventorrillo festejero donde entre el rasguño de la guitarra y el timplillo, coreado por los ajijíes de las gargantas femeninas, entre el olor del adobo, brota del pecho poeta y soñador del canario la folia como un piropo que se hiciera canto y que no se atreviera a salir a los labios como no fuera en una floración musical. Y el piropo se hace canto y el canto se hace folia:

Tu boca es pequeña y roja,
Como una flor de pradera.
Cuando ríes se me antoja
Que ríe la primavera.

Alma guanche en su misticismo religioso; en sus iglesias, cuajadas de plata traída por aquellos que un día lejos del terruño, no pudieron olvidar ni un momento la iglesita donde fuera bautizado; en sus procesiones campestres, donde a la música sustituye la loa que, con gracia inigualable, desgrana la joven «maga» con su saya remangada,

cubriéndose un poco la cara de rosa con el pañuelo de seda, porque la niña es un poco temosa: en su amor al Sacramento de la Eucaristía cuyo canto es el tapiz de flores de sus alfombras del Corpus, donde se refleja todo el espíritu artístico e imaginativo de la raza. En el amor apasionado al Señor, donde al solo tintineo de la campanilla del Viático, los caminos se alfombran con las mejores colchas caladas por las manos de la niña, que se han guardado celosamente en el viejo cofre de cedro perfumado y que se volverán a encerrar como la más preciada reliquia, ya que sobre ella pasó un día «Lo Bueno» camino de alguna casita del monte.

Alma espléndida, sublime, soñadora: he aquí el secreto del embrujo de Tenerife: y dominándolo todo, como un titán, con una soberbia gallardía, sin semejante, alto, muy alto, superando a las nubes, el pico gallardo del Teide gigante en la región del sol y de la luz, del oro y azur, levantando su blanca testa como un Zeus irónico y soberano, para decir a cuantos navegan por sus costas: Esta es Tenerife, la perla engastada en las aguas del sonoro Atlante, que los guanches nos legaron pura, encantadora y bella como una sonrisa de Dios. Tenerife está dormida con el arrullo del mar; viajero, no la despiertes: déjala aún descansar.

FR. GABRIEL DE LA DOLOROSA, O.F.M.



POESIA

SIN

NOMBRE

Es mi jardín un mundo de inefables hechizos
donde dicen los pájaros no aprendida lección,
y la luna derrama sus nácares lucientes
y en las aguas dormidas se va a mirar el sol.

El viento se descoce en multitud de soplos
y las hojas se mueven por tan dulce presión;
a los troncos rugosos y a las ramas floridas
la luz de cada hora los viste de fulgor.

En esta paz soñada he pensado de pronto:
¡Los sueños son verdades que forja el corazón!
y una verdad úrdida tan entrañablemente
es como abeja de oro posada en una flor.

Bajo el tilo he soñado con los ojos abiertos:
soñar es desangrarse de mística ilusión,
liberarse de todo, desplegar la bandera
y subir a las cumbres en donde siempre hay scl.

¡Oh las plácidas tardes cuando llega el crepúsculo!
A las almas miedosas sobrecoge el temor
de un anhelo perdido, de un recuerdo frustrado,
y entonces nos sumimos en un marasmo atroz.

Las sombras se dilatan como fantasmas mudos
cuyos oscuros límites no tienen precisión;
el aire se ha impregnado de un fuerte y tibio aroma
que nos habla al sentido con su impalpable voz.

Tras la pared desnuda de la casa propincua
otro mundo se yergue y su vida interior